

Hombres, Ideas y Libros

Imperialismo romano e imperialismo americano



ACE Pedro Bonfante, en *Scientia*, número del primero de Mayo, una comparación entre el imperialismo de Roma y el de los Estados Unidos de Norte América.

A la República Romana, según Bonfante, no la movió jamás la ambición de las conquistas. Las circunstancias le fueron ofreciendo las oportunidades de imponer su imperio al mundo. Prevé que otro tanto pueda ocurrirle a la gran república Americana.

«Hasta el advenimiento del imperio, dice, o hasta su crítica víspera, el pueblo romano no persiguió el hacer conquista y menos se propuso aún como ideal dominar al mundo... El romano no es como el bárbaro germano o como el español del siglo dieciséis, el hombre que no aprecia más que el ejercicio de las armas, o a lo más el estado eclesiástico, y que desprecia el manejo de los códigos, la agricultura, la industria y el comercio, ocupaciones dignas de moros o de judíos. El patricio romano no se limita a administrar su propiedad. Se jacta de conducir él mismo el arado y de podar su viña.

La actividad económica era apreciada desde todo punto de vista, aun desde aquéllos que más repugnan a un pueblo militar y aun a nosotros mismos. En ningún pueblo ha sido practicada la usura en tan vasta escala y con tanta sangre fría como lo fué por las altas clases romanas.

Un filósofo cínico podría reducir la historia de Roma a una continua batalla de usureros. Las escenas dramáticas de la plebe oprimida por los usureros patricios, constituyen el cuadro de la historia más antigua; y los dolores de los provincianos explotados por la usura de los diferentes miembros de la nobleza republicana, forman la tragedia de los tiempos posteriores. El hecho de prestar dinero a interés, y a un interés no módico, sino verdaderamente usurario, no deshonró a nadie entre los romanos, ni al íntegro Catón, ni al altivo aristócrata Bruto, ni al más gran moralista de la civilización romana y talvez de la antigüedad, el filósofo Séneca.

Nada más erróneo que la opinión muy difundida que presenta a los romanos como una población compuesta exclusivamente de guerreros y saqueadores, y a la economía política romana como una economía política de rapiña. Los romanos poseían todas las cualidades, buenas o malas, de los hombres de nego-

cios: espíritu de orden, talento de organizadores, gran amor del lucro. Muestran una corrección, un cuidado de la buena fe, que suscita la admiración de los griegos. Polibio observa que entre sus compatriotas aun con cien estipulaciones escritas, no se estaba jamás seguro de que el contrato sería observado, mientras que para un romano, la palabra dada bastaba.

El pueblo era, ciertamente, guerrero y valeroso; pero los marios, los samnitas y los volseos no lo eran menos. Entonces ¿por qué los romanos solos resultaron siempre vencedores?

Roma ha ganado todas las guerras, por lo menos a partir de una época bastante remota; pero en el curso de numerosas guerras ha perdido más batallas que las que ha ganado y sus derrotas fueron de una resonancia no alcanzada por sus victorias. Basta recordar las Horcas Caudinas, Canas, etc. Pero, si el legionario romano retrocede, en lugar de morir en su puesto como el esparciata, el Senado no cede ni se desalienta jamás. Los adversarios se agotan, Roma se presenta inagotable y sus legionarios destruidos parecen renacer del suelo. Aquí se muestra la superioridad y grandeza del alma política del pueblo Romano. Se ve que ha seguido la política más alejada de todo espíritu de conquista. Los que persiguen como finalidad la conquista fundan imperios de base deleznable (la historia del oriente, desde los asirios hasta los mongoles, es prueba de ello), o bien sucumben, como Felipe II, Luis XIV y Napoleón.

Roma no se propuso otra cosa, al menos hasta que permaneció libre, que reunir en una comunidad independiente o bajo una honorable forma de asociación, dentro de un interés común, a los pueblos de la península italiana. Roma no conquistó a la Italia, sino que la unificó.

Tal ha sido la política seguida hasta el presente por los Estados Unidos. En el curso del siglo diecinueve no hubo más que regiones incorporadas a la unión, sea en forma de Estados, sea en forma de territorios, que deberían ser elevados después a la dignidad de Estados. Así, de estar formada la Unión por los trece Estados originales, las primitivas colonias que constituían una angosta faja de tierra a lo largo del Atlántico, ha llegado a extenderse hasta el golfo de Méjico y el Pacífico, incorporando siempre nuevos Estados en su organismo.

Respecto a la Europa, los Estados Unidos han seguido exactamente la misma política que la antigua Roma siguiera con las naciones de ultramar. La doctrina de Monroe es la sentencia de Apio Claudio, es el espíritu que anima a los tratados con Cartago: soportar las colonias extranjeras existentes, pero impedir la fundación de otras nuevas y evitar toda ingerencia extranjera en tierra italiana, estuviese o nó sometida a Roma.

Según la opinión corriente, Roma habría seguido una política sistemática de conquista. Conquistó primero la Italia, luego destruyó a Cartago y por último, subyugó al mundo. Conforme a esta opinión, al imperio no le cupo más que conservar lo que la República había conquistado.

Es difícil, dice Bonfante, encontrar errores más arraigados que éstos. La verdad es precisamente lo contrario: la República se mostró siempre adversa a toda conquista y cayó el día en que la ambición de los imperatores, favorecida por la de-

cadencia del orden antiguo, durante la crisis suprema de la libertad, hizo cambiar de rumbo.

Roma estuvo primeramente tres guerras victoriosas con Macedonia, y ninguna de ellas incrementó su territorio con la menor parcela de terreno. La Grecia, sí, fué declarada libre y las legiones romanas no ocuparon las guarniciones que fuvieran que abandonar las tropas macedonias.

Algo semejante ocurre con las guerras contra Antioco, de Siria y Yugurta.

La actitud constante de Roma respecto del Egipto es talvez la demostración más sólida de la política romana. La conquista de Egipto, el país más fértil y más rico de la antigüedad, era una gran tentación quizás irresistible, tanto más cuanto la decadencia en que yacía el mencionado reino hacía la conquista sumamente fácil. Una facción de ambiciosos impulsaba a la República en los últimos tiempos hacia a anexión, así como hoy día existe una facción que quería empujar a los Estados Unidos a que se anexaran a Méjico.

La Roma republicana resistió siempre hasta su caída a la tentación. Es casi un símbolo el que Octavio, cuando organizaba las instituciones republicanas, haya sido el conquistador del Egipto.

No faltaron, es verdad, excepciones a esta regla, como la anexión de la Dalmacia, para reprimir la piratería; la de la Macedonia, después de una cuarta guerra, la de los territorios de Cartago, después de la tercera guerra púnica, y la de parte de Grecia, con el nombre de Acaya.

Todavía hay que agregar, para los efectos de nuestra comparacion, que la intervención y el arbitraje de Roma fueron continuamente invocados. Jamás ha tenido el arbitraje tanta importancia como en la época del apogeo de la República Romana.

* * *

Por cierto, dice Bonfante, menos aún que la República Romana, los Estados Unidos no piensan en realizar conquistas ni en Oriente ni por el lado de Europa...; pero, sin embargo, la historia debe servir de advertencia a los pueblos de Europa. Los Estados Unidos fueron solicitados durante la guerra; se les solicita constantemente ahora, en la paz. A las declaraciones repetidas y sinceras de que quieren desinteresarse de los asuntos de Europa, a las invitaciones platónicas, pero igualmente sinceras, hechas a la Europa para que ponga término a los odios y al espíritu guerrero, la Europa responde con nuevas lamentaciones y nuevos ruegos de que sea la Unión misma la que lleve al Viejo Mundo la oliva de la paz. Tal ha sido precisamente la historia de las repúblicas griegas y de los estados helénicos decadentes y en lucha al frente de la sólida y poderosa República Romana, presionada por constantes embajadas y siempre recalcitrante a toda idea de intervención.

Lo que repugna a la voluntad es a menudo en la historia fruto de la necesidad. Significa un indicio funesto no saber arreglar en su propia casa sus asuntos internos y buscar un árbitro en el exterior. Los Estados europeos deben

persuadirse de que son muy pequeños en la historia de hoy en día; de que la discordia y la exasperación de los nacionalismos los arrastran a la ruina y que sólo la unión puede salvarlos; que la aspiración a la hegemonía sustentadas por algunos pueblos de la Europa continental, siempre desbaratadas por Inglaterra, han fracasado en el pasado y se hallan condenadas a fracasar más aún en el porvenir. La unión no puede realizarse sino por medio de la colaboración libre e igual de todos los Estados grandes y pequeños de la Europa continental, a los cuales la comunidad de territorio y de civilización garantiza una comunidad de territorio y de civilización garantiza una comunidad de intereses y de ideales. El Estado libre del porvenir debe sobrepasar el concepto de nación, que ya ha devenido demasiado estrecho, como sobrepasó en otros tiempos, tras largas dificultades, la base de la cité.

El señor Bonfante, en resumen, lanza una advertencia a los europeos para que no se dejen conquistar por los Estados Unidos del Norte. De nosotros, los latino-americanos, el señor Bonfante no se ocupa para nada. ¿Será que nos considera inconquistables? No es de presumirlo, dados nuestros defectos, que no son inferiores a los de los países europeos y dada nuestra gran inferioridad en toda clase de poderes respecto de éstos. ¿Será que nos considera ya conquistados o como incapaces de oponer una resistencia seria? Es talvez lo más probable. En todo caso, las admoniciones del señor Bonfante deben constituir también para los hispano-americanos un asunto de reflexión.

E. M.